

de Eladio Cabañero. El resultado era un muchacho de veinticuatro años que ya había aprendido que sin tolerancia y estoicismo no se puede vivir y cuya juventud ya contenía el estigma del desencanto. Todo esto y su devoción por la amistad y la poesía lo rodeaban de un aire de autoridad que a la vez me cohibía y me nutría. Quienes han estudiado en la universidad suelen asegurarme que lograron creer en su carrera gracias a las clases de tan sólo dos o tres profesores e incluso de uno solo. Un auténtico profesor, con una sola asignatura, ha convertido a veces a un desorientado universitario en un profesional con verdadero amor por su trabajo. Algo muy parecido significó para mí conocer en aquella edad a Eladio Cabañero. Aquel albañil huérfano, autodidacta y disciplinado reordenó mis lecturas, me prestó -y a menudo me descifró- los libros de poesía moderna, me hizo comprender las ventajas de releer a los clásicos no con violencia sino con lentitud, haciendo oído, lamiéndoles los siglos; me hizo conocer los primeros libros que leí de crítica literaria, compartió conmigo su conocimiento, de igual modo que en las tardes de invierno compartíamos en mi casa la merienda de pan y mostillo, o de pan y aceitunas verdes en la suya. Me recitaba de memoria páginas -enteras- de Cervantes, decenas de sonetos de Lope o de Quevedo, y acometíamos juntos la imposible tarea de encontrar las leyes del prodigio poético aproximando la lupa a un endecasílabo, una rima, un acento, un encabalgamiento, una diéresis. Tomábamos la poesía tan absolutamente en serio que a menudo, tras una laboriosa relectura de Antonio Machado, nos quedábamos mudos, prudentemente mudos: sin consentirnos que las lágrimas rubricasen los apellidos de la revelación. Algunas noches de domingo, en verano, al salir del cine, entrábamos a un bar, comíamos algo y bebíamos cerveza, pasábamos por mi casa a coger la guitarra, nos íbamos al campo con el también albañil Pedro Martínez -cuyo padre todavía permanecía en la cárcel por "desafecto" al Régimen- y allí, en pleno campo y plena noche, viendo a lo lejos las soñolientas bombillas del pueblo, durante horas recitábamos de memoria poemas de Manuel y Antonio Machado, de Quevedo y de Lope, del Cancionero Anónimo, de Darío, Miguel Hernández, García Lorca... poemas que yo soliviantaba con falsetas flamencas o improvisaciones menesterosas... Al amanecer regresábamos al pueblo, absolutamente seguros de que el odioso mundo era perfecto y de que la vida era sagrada porque era misteriosa, y absolutamente seguros de que, con las mujeres, nada en el universo había tan necesario como la poesía. Tras la noche borracha de poesía y de guitarra, Pedro Martínez y Eladio Cabañero se encaminaban a su lugar de trabajo y yo entraba en la cuadra a ordeñar las vacas y comenzar los trabajos del día. (Cuando contemplo a esos poetas exquisitos que pareciera que leen con metrónomo, escriben con suficiencia y se emocionan con preservativo siento algo que va más allá de la indiferencia y no alcanza el rango de la lástima). No compartí con Cabañero solamente aquel entusiasmo calcificado por el rigor y aquella disciplina para aprender de los maestros y de los genios: también nos consentíamos una lúdica perversidad: a veces extendíamos sobre la mesa un poema de alguno de los mandarines del poder cultural que había logrado hacer pasar por estilo lo que no iba más allá de retórica o manierismo, le eliminábamos versos o estrofas completas y corroborábamos que, tras el saqueo -o la limpieza-, la página no sólo venía a decir lo mismo, sino que a veces mejoraba -poco- al descargarse de grama discursiva. A la vez que nos divertíamos, aprendíamos la conveniencia de adelgazar la expresión para que ésta lograra mayor palpitación y energía. En otras palabras: admirábamos para crecer como poetas y desobedecíamos para no descender de aprendices de artista. Supe entonces que la libertad de un artista se nutre en el conocimiento y el respeto por la tradición y asimismo en la alegría de desobedecer; o de otro modo: un artista ha de ser a la